

# VERBUM

REVISTA DEL CENTRO ESTUDIANTES DE FILOSOFÍA Y LETRAS

DIRECTOR  
LUIS MATHARAN

ADMINISTRADOR  
GASTON MICHEL

REDACTORES:

*Lidia Peradotto*

*Mercedes Daus*

*Arturo Vazquez Cey*

*Jacinto Cúcaro*

AÑO IX

BUENOS AIRES, AGOSTO DE 1915

NUM. 27

## Los saintsimonianos argentinos

- I. El renacimiento de la Argentinidad y la filosofía social saintsimoniana. — II. Echeverría y el «Dogma Socialista» de la Asociación de Mayo. — III. Influencias saintsimonistas en la juventud de Sarmiento. — IV. Influencias del saintsimonismo en la juventud de Alberdi. — V. El programa de filosofía social de Alberdi. — VI. Tendencias ulteriores de esas corrientes sociológicas.

### I

#### EL RENACIMIENTO DE LA ARGENTINIDAD Y LA FILOSOFÍA SOCIAL SAINTSIMONIANA

En 1830 el pensamiento revolucionario de Mayo — Moreno — parecía caer definitivamente, tras el fracaso de Rivadavia; el pensamiento conservador colonial — Saavedra — se preparaba ya a restaurar las ideas y los sentimientos del pasado, con el triunfo de Rozas. Moreno y Rivadavia habían pensado la «argentinidad», asimilando lo nuevo europeo y transfundiéndolo en moldes americanos; la «contrarrevolución» de Rozas restauró el régimen colonial, sin otra mira que consumir la reacción conservadora sobre el plantel del mestizaje hispano-indígena.

Las ideas variaron como el régimen. Existe cierto paralelismo entre las oscilaciones de la historia po-



lítica y el predominio de los sistemas filosóficos. Hay, en efecto, sistemas que se inspiran en el libre examen, favoreciendo toda aspiración innovadora y progresista; y otros hay que procuran justificar los errores dogmáticos y las coacciones políticas, acomodándose bien con los regímenes conservadores o reaccionarios. La libertad y la democracia son amigas de la Verdad, sin velos; la tiranía y el privilegio viven del Error o solo consienten las verdades poco comprometedoras.

Lo esencial del movimiento renovador en 1837, consiste en la preocupación de crear un pensamiento nacional y de fijar las bases de la «argentinidad», estudiando las condiciones de nuestra propia evolución política y social. Nació y prosperó fuera de la enseñanza oficial, febrilmente enclaustrado, más tarde, por la proscripción. Los más grandes nombres de nuestro pasado intelectual convergen, por ese entonces, a crear una verdadera sociología autóctona, procurando adaptar la ciencia europea al estudio de los factores propios de la nacionalidad en formación. Se renovaron las fuentes políticas, jurídicas é históricas, y dos nombres ilustres — Echeverría y Alberdi — se incorporaron á la tradición argentina, dejándonos obras que, en conjunto, son verdaderos monumentos nacionales, ya se atienda a su cantidad ó a su calidad.

La Revolución argentina — representada por Moreno — se inspira en la renovación cultural operada por los Enciclopedistas; el liberalismo político — representado por Rivadavia — introduce en la naciente universidad argentina la filosofía de los Ideologistas, continuadores de aquellos.

La restauración conservadora, al renegar de su política, renegó de sus ideas filosóficas, lo mismo en Hispano-América que en España. Fernando VII, en la medioeval metrópoli, y Rozas, en la Argentina gaucha, representan el triunfo de una misma reacción contra el movimiento innovador auspiciado por Carlos III.

En España la reacción se impone durante todo el siglo XIX; no llega a preponderar en momento alguno la influencia filosófica de los enciclopedistas, los ideologistas, los saintsimonianos o los positivistas. Carlos III sigue vencido hasta la hora en que los Krausistas españoles intentan renovar la cultura nacional, preludiando a las débiles corrientes contemporáneas inspiradas por Joaquín Costa, Francisco Giner y Ramón i Cajal.

En el Plata, en cambio, durante el reaccionario paréntesis rosista, se renuevan las orientaciones filosóficas y se produce el «renacimiento de la argentinidad», paralelamente a la evolución de las ideas europeas.

En la Argentina se reprodujo con lógica estricta la evolución de la filosofía europea. Hubo, aquí como en Francia, un ligero paréntesis de apocamiento y confuscionismo, preludio de la reacción. Se preparó el destierro de la filosofía ideologista, desacreditada como teorización inútil; apareció en ese momento el eclecticismo acomodaticio y ambiguo. Pero al sobrevenir la restauración — allá orleanista y aquí rozista — las ideas de la Revolución volvieron á encontrar su cauce y renacieron vigorosas.

El sentimiento de la verdad y de la libertad no muere nunca; si en ciertos momentos de la historia parece mitigado por transitorias conveniencias políticas, es para germinar con más fuerzas y con nuevas orientaciones. En la filosofía de la Revolución había demasiado amor á la justicia y a la libertad para que no retoñase en formas nuevas; la Enciclopedia había inspirado la Ideología; ésta fué un «movimiento filosófico de tal importancia que, aún después de haber sido cohibida por la reacción política y religiosa, ha contribuido a formar a Saint Simon, A. Comte, Fourier, Leroux, Reynaud, etc.» (1). Esta

---

(1) F. Picavet, ob. cit.

renovación *sociológica* de las fuentes fisiocráticas, enciclopedistas e ideologistas, se caracterizó en Francia por el sentido «social» que asumió la filosofía; de igual manera, en la Argentina, los hombres de la «Asociación de Mayo» reanudan la tradición innovadora de Moreno y Rivadavia, al amparo de la filosofía social *saintsimoniana*.

La continuidad de esa derivación no fué absoluta ni homogénea. En Francia, los eclécticos marcan un paréntesis entre los ideologistas y el *saintsimonismo*; los amigos de V. Cousin tuvieron un período de hegemonía, más acentuado después de 1830, en que Luis Felipe de Orleans puso en sus manos la tutela de la enseñanza oficial. Al formular las grandes líneas de su sistema, Saint Simon se inspiró ciertamente en Condorcet y Cabanis; pero nuevas condiciones sociológicas habían planteado otros problemas, por ellos desconocidos, obligando á desviar hacia la sociedad los estudios que antes se habían referido principalmente al hombre. Por eso Saint Simon dió a su filosofía un contenido más sociológico y democrático, preocupándose de los derechos colectivos de la sociedad más que de los derechos aislados del hombre. Esta tendencia se acentuó más en una de las ramas del *saintsimonismo*, que más tarde adquirió relieve propio en la doctrina socialista de Pierre Leroux.

En la Argentina tuvieron muy exigua expresión las influencias del eclecticismo, insinuadas ya en la época de Rivadavia por adversarios de su política y, por ende, de la filosofía ideologista que le era concordante; cuando los eclécticos comenzaban a prevalecer en Francia, aquí prosperaba el ideologismo, con algún retraso.

Después del año 30, ya en plena reacción, el eclecticismo se insinúa aquí sin brillo y como simple arma de combate contra el ideologismo de los unitarios vencidos; fué introducido cuando en Francia se convertía en ciencia oficial e impopular, y le

dió alcance el saintsimonismo, que en forma de humanitarismo socialista reaparecía con Pierre Leroux, para combatir a Luis Felipe y al eclecticismo convertido en filosofía oficiosa. Entre los jóvenes fundadores de la «Asociación de Mayo» ese renovado saintsimonismo predomina en la concepción política y social — que era su objetivo real e inmediato, — mezclado con un inseguro eclecticismo en lo propiamente filosófico — que era, para ellos, puramente accesorio, — hasta desaparecer el segundo, por el año 40, y predominar únicamente la «filosofía social» de Leroux.

## II

### ECHEVERRÍA Y EL «DOGMA SOCIALISTA» DE LA ASOCIACIÓN DE MAYO

Siendo alumno del Colegio de Ciencias Morales, hasta 1823, Esteban Echeverría (1805-1851) recibió las primeras lecciones de «Ideología» en los cursos tan ruidosamente profesados por Lafuier y Fernández de Agüero. En 1823 marchose a Europa, continuando allí sus estudios; poco sujeto a la disciplina científica, como era legítimo dado su temperamento de poeta, siguió en París cursos de historia, ciencias políticas, filosofía, etc. Cultivó con mayor curiosidad las letras y las disciplinas sociales, mostrándose especialmente sensible al Romanticismo, que estaba en su apogeo entre los jóvenes que se empeñaban por revolucionar las letras y la política. En este doble aspecto el Romanticismo era la doctrina de la «izquierda» la bandera de una juventud revolucionaria (1).

Regresó a Buenos Aires en 1830, impregnado de esas corrientes nuevas, que más le interesaban por su

(1). Para más datos consultar la «Vida de Echeverría» escrita por JUAN MARIA GUTIERREZ, en el Vol. V de sus «Obras Completas»; ha sido reeditada como prefacio del «Dogma Socialista», por la biblioteca «La Cultura Argentina» Buenos Aires, 1915.

aspecto literario que por su fase política y social. Su actividad, durante los primeros años, fué puramente poética. Después de 1835 se vinculó al grupo de jóvenes que dos años más tarde se reunieron en la "Asociación de Mayo", interesándose en esa época por la política, con el carácter marcadamente social que tipificaba al saintsimonismo de Pierre Leroux.

En este segundo aspecto esbozó las grandes líneas de nuestra economía nacional, poniendo la experiencia como base de todo conocimiento sociológico: "no perderse en abstracciones, tener siempre clavado el ojo de la inteligencia en las entrañas de nuestra sociedad". Su nombre inicia la lista de los cultores de la escuela histórica del derecho y de la sociología en nuestro país; quien ignore sus obras no podrá comprender algunos aspectos fundamentales de nuestra evolución nacional. El creador de la cátedra de literatura argentina en nuestra Universidad, Ricardo Rojas, ha señalado un aspecto original en las ideas de Echeverría: su estética, llena de anticipaciones interesantes y digna por todos conceptos de estudio especial (1); sus doctrinas sociológicas han sido examinadas por Vicente D. Sierra (2). De su vida escribieron Juan María Gutierrez, García Merou, Urien, etc.

La estancia de Echeverría en París (1825-1830) coincidió con la moda del eclecticismo, simpático hasta 1830 porque era la filosofía de una oposición popular, que con el triunfo de Luis Felipe de Orleans se convirtió en antipática restauración: con un significado histórico semejante al de Fernando VII en España y de Rozas en la Argentina. Mientras Echeverría estuvo en París, el eclecticismo era mirado con simpatía por los románticos (3).

(1) En "*Revista de Filosofía*", Buenos Aires, 1915.

(2) En "*Revista de Filosofía*". Buenos Aires, 1915.

(3) Los datos someros de GUTIERREZ (*Loc. cit.*, pág. XVI, nota) sobre "los maestros de la filosofía que le merecieron particular interés" en Francia, son anacrónicos. Figuran entre ellos ideólogos, eclécticos y sansimonianos; entre las obras citadas algunas son posteriores a 1830, los títulos de las restantes no son del todo exactos.

Junto a esa escuela comenzó a florecer el saintsimonismo, que a poco se definió como antitético del eclecticismo, al que substituyó bien pronto en la simpatía del pueblo y de los literatos románticos. Al morir Saint Simon, en 1825, algunos discípulos entusiastas emprendieron la propagación de sus doctrinas, en la prensa y en conferencias frecuentísimas. Una serie de éstas, organizada conforme a un plan metódico, fué redactada por los adeptos y constituyó la "Exposition de la doctrine saintsimonienne" (1828-1830). "La obra—dice H. Bougin—es capital: se encuentra en ella casi todo lo más firme y mas grande que el sansimonismo ha concebido. El sistema está presentado en su conjunto, el orden es metódico y el análisis de la doctrina debe sujetarse a él".

No sabemos que Echeverría haya conocido esas ideas ni seguido esas conferencias, antes de regresar a Buenos Aires; la obra de Leroux, que menciona Gutierrez, se publicó muchos años más tarde. Todo induce a pensar que se informó del saintsimonismo posteriormente, por la lectura de la "Revue Encyclopedique", de la "Revue Independente" y de la Enciclopedia del siglo XIX (1) que circulaban entre los jóvenes argentinos, y seguramente por influencia de Alberdi, según este mismo lo declara, como se verá más adelante. En el "Dogma Socialista" de la Asociación de Mayo, escrito siete años después de su regreso, aparecen ideas similares a las enunciadas en la "Exposition" mencionada; al comperar ambos textos se advierten algunas analogías notables y ciertas fórmulas se dirían calcadas estrictamente. Todo ello a través de la "Revue Encyclopedique".

Estas ideas de filosofía social eran el aspecto político de otra rama que, en Paris, continuaba el espíritu de la Enciclopedia y de la Ideología, a través de Saint Simon. En 1822 Augusto Comte había expuesto las ideas fundamentales de su curso en el *Sistema de política posi-*

---

(1) Ver el estudio de ECHEVERRIA sobre el sentido filosófico de la revolución de Febrero (1848) en Francia.—*Obras*, Vol. IV.

*tiva*, volviendo sobre ello en sus lecciones de 1826, interrumpidas y reanudadas en 1830; lo mismo que Condorcet y D'Alembert, señalaba a Bacon, Descartes y Galileo como iniciadores de la filosofía positiva, renovando de Cabanis el concepto fisiológico de la psicología y de Destutt de Tracy el plan de una física social.

Las ideas de Comte no parecen haber sido conocidas o asimiladas por Echeverría y por los otros fundadores de la Asociación de Mayo, en esa época; algunas semejanzas en las direcciones sociológicas se explican por la influencia de Leroux, que fué la rama política del saintsimonismo, siendo Comte su rama filosófica.

De igual cuna filosófica era Lerminier, propagador en Francia de la doctrina histórica de Savigny, que Echeverría y Alberdi introdujeron en Buenos Aires. Aquí, en 1836, el romanticismo literario se ensayaba con la política social; se comentaba a Hugo, a Lamennais, etc., pero "había tres que eran los que más nos arrastraban: Lerminier, Pedro Leroux y Sainte Beuve" (1). Este último aparece citado por Alberdi en artículos de Montevideo, muy poco tiempo después (2).

Conviene advertir que en Echeverría no tenía arraigo serio el eclecticismo; se interesó por él en París, en cuanto era la "filosofía de moda" y satisfacía el deseo de novedad, común a todos los románticos. En Buenos Aires, después de 1830, le sirvió para apartarse de la corriente rivadavista (que había predicado el ideologismo) sin confundirse con la rosista (que se preparaba a restañar la escolástica colonial). Pero, a poco andar, la creciente difusión de las doctrinas sociales de Leroux—cuyos escritos eran leídos por los jóvenes de Buenos Aires que le rodeaban—fué influyendo en su mente y en la época de redactar el "Dogma Socialista" (1837) estaba ya hondamente influenciado por la nueva filosofía política de los saintsimonianos. Desde esa época hasta su muerte (1851)

(1) VICENTE F. LOPEZ: "Autobiografía", en "La Biblioteca", Buenos Aires, 1896.

(2) ALBERDI: *Obras póstumas*, vol. XV.



la orientación socialista de Leroux fué acentuándose más y más en sus ideas—lo mismo que en las de Alberdi— como es fácil de advertir leyendo el segundo capítulo de su ensayo sobre la revolución del 48 en Francia, fechado en el mismo año del suceso (1). Tiene el carácter de una verdadera profesión de fé y constituye el comentario natural del "Dogma Socialista".

Esta adhesión a la política social del continuador de Saint Simón, fué eliminando toda simpatía por el eclecticismo de Cousin y sus amigos, que en dicho ensayo censura sin reservas; baste recordar que Leroux fué su más encarnizado adversario y dió a luz, en 1840, su por entonces famosa "Refutación del eclecticismo". Sería, en suma, inexacto, juzgar la orientación filosófica de Echeverría por los confusos barrantos de eclecticismo anteriores a la fecha del "Dogma"; siendo que desde esa época hasta su muerte profesó un credo filosófico que era su antagonista más caracterizado.

Bajo esos auspicios político-sociales, Echeverría fundó en Buenos Aires (1837) la Asociación de Mayo. En la noche del 23 de Junio se reunieron Juan B. Alberdi, Vicente Fidel López, Juan María Gutiérrez y veinte o treinta jóvenes más, a quienes Echeverría leyó los rumbos cardinales de la Asociación, que, ampliados, constituyen el famoso "Dogma Socialista" (2).

Este escrito refleja las ideas de política social que predicaba Leroux y que determinaron en Francia la crisis de 1848; esa genealogía es evidente. Echeverría, como sus maestros, se presenta como "un pensador que quería descubrir los secretos del progreso en acción; un filósofo que reunía las fórmulas más adaptables para implantarlo; un sociólogo que presentaba los medios para desenvolverlo". La significación de Echeverría en la evolución

---

(1) ECHEVERRÍA: *Obras completas*, vol. IV.

(2) Sobre la historia de la Asociación escribió Echeverría en la "Ojeada retrospectiva"; que lo precede en las reediciones posteriores. Sobre el "Dogma" ha escrito Groussac una interesante crítica juvenil, en "La Biblioteca", Buenos Aires, 1897.

del pensamiento sociológico argentino ha sido bien expresada por Raúl A. Orgaz: "poeta mediocre y literato discreto, fué, en cambio, un pensador notable y un polemista de fuste". Hombre de acción, predicaba con seguridad, con intrepidez y con asomos de ciencia. "Las ideas sociales de Echeverría fueron de una gran precisión y de un notable valor constructivo, sólo que a veces se mezclaban a simbolismos desorientadores, semejantes a los que oscurecieron la sencillez positiva de la labor comteana originaria". Entre sus intuiciones merece señalarse la consumada positividad con que plantaba los problemas nacionales. Su socialismo fué el de los hombres de bien; a base de puro anhelo de mejoría, de plenitud de vida, de armonía: fué un socialismo de leyenda, sin acritud y sin asperezas. "Creyó en el progreso y dió su fórmula al respecto, con penetración tan sabia que muchos sociólogos contemporáneos no han hecho más que renovar, ensanchar y consolidar el *criterium* definidor adoptado por Echeverría, que era el simple "bienestar social". Finalmente, precedió en su patria al grupo de pensadores que se han esforzado en hacer de la sociología una ciencia nacional, pues su propósito confesado era dar "los rudimentos de una doctrina social, científica y argentina" (1).

La única posición indirectamente filosófica determinada en el «Dogma» es la que se refiere a la cuestión religiosa; el capítulo IV contiene precisas máximas sobre el carácter laico del Estado y la absoluta libertad de conciencia y de cultos. La Asociación de Mayo era cristiana, sin ser católica: entendía el "Nuevo Cristianismo" como lo había enunciado Saint Simon: "debe ser, en principio, una vuelta al *verdadero* cristianismo, cuya esencia es la regla de fraternidad entre los hombres. Esta regla ha sido corrompida por el clero, que ha hecho de la primitiva religión divina, una religión humana, preocupada ante todo

(1) RAÚL A. ORGAZ: "El pensamiento argentino en la sociología" (Nota bibliográfica en la "Revista de Filosofía", Buenos Aires, Enero, 1915).

de los intereses humanos y materiales. Hay que volver ante todo a la ley primera, cuya fórmula moderna será ésta: "mejorar lo más prontamente y lo más completamente posible la existencia moral y física de la clase más numerosa". El Nuevo Cristianismo no será católico, porque el catolicismo ha demostrado para siempre que él es incapaz de desprenderse de las preocupaciones temporales y de desprenderse de su organización sólidamente material; no será protestante, porque el protestantismo ha dejado ver su culto prosaico y la insuficiencia de su dogma; él será una religión de amor y de caridad, una religión social". Esta concepción antitradicional y anticatólica del cristianismo -- renovada y continuada por Leroux -- explica las palabras del Cap. VIII del "Dogma" argentino: "La España nos imbuía en el dogma del respeto ciego a la tradición y la autoridad infalible de ciertas doctrinas; la filosofía moderna proclama el dogma de la independencia de la razón, y no reconoce otra autoridad que la que ella sanciona, ni otro criterio para decidir sobre principios y doctrinas que el consentimiento uniforme de la humanidad".

Y aunque solamente conviniera atenerse a las fuentes argentinas, será imposible olvidar que la "joven generación" de 1837 había recibido la educación laica y liberal de la época de Rivadavia, que la apartaba radicalmente de la restauración clerical que se efectuaba en la de Rozas. En Echeverría esa influencia no se había borrado, aunque no lo confesara llevado por su preocupación de no solidarizarse con el rivadavismo, ya que la "Asociación de Mayo" no había roto aún con la causa federal (1); bondadosamente le reprocha Gutiérrez ese pecado de omisión: "La influen-

(1).—En el banquete celebrado el día siguiente de fundarse definitivamente la «Asociación» (9 de Julio) *Echeverría* brindó «por que bajo los auspicios de la Federación, lleguen á realizarse las esperanzas de Julio y el gran pensamiento de la Revolución de Mayo». — *Obras*, Vol. V., XLII.

cia de Lafinur y Fernández de Agüero, en filosofía, y el liberalismo seglar bajo cuyas influencias se reformaron los planes de estudios, despertaban nuevas curiosidades intelectuales y preparaban para las letras el terreno en que con tanta fortuna sembró más tarde Echeverría la doctrina y el ejemplo. A la penetración de éste, si no nos equivocamos, escapan estas observaciones y desdeña demasiado en sus escritos el proceso ascendente que habían seguido las ideas en su país, formando una cadena progresiva de la cual nuestro distinguido pensador era un eslabón mejor forjado, si se quiere, y de mejores quilates, pero de igual materia, vaciado en el molde fatal del progreso de que nunca estuvimos desheredados los argentinos" (1). Los saintsimonianos argentinos eran, lo mismo que los franceses, una derivación de sus antecesores los ideologistas, como éstos de los enciclopedistas. Moreno, Rivadavia y Echeverría son tres eslabones de una misma serie ascendente, que más tarde culmina en Sarmiento y Alberdi.

Este punto peligroso aparece tratado en el "Dogma" con sumo tacto y prudencia. Los jóvenes de la «nueva generación» no osaban todavía pronunciarse contra la reacción rozasista y tenían el mayor empeño en no confundirse con los unitarios, acusados de «ateos» y «enemigos de la religión»; Echeverría salvó el obstáculo afirmando la necesidad de una «religión de la patria», en que el cristianismo y la humanidad entran por partes iguales e igualmente indeterminadas. Esta conjunción del cristianismo y el socialismo, floreciente ya en Saint Simon y en Leroux, salvó todas las dificultades que la ardua cuestión religiosa podría levantar entre las personas poco arriesgadas. Por olvidar las fuentes saintsimonianas del «Dogma» algunos escritores (2) han podido interpretar en otro sentido las afirmaciones cristianas conteni-

---

(1).— *Loc. cit.*, XXIV.

(2).— *José Manuel Estrada*: «La política liberal bajo la tiranía de Rozas».

das en ese documento, que en ésto, como en todo, no es posible apreciar sin conocer sus fuentes políticas y filosóficas europeas.

Entre los escritos de Echeverría, uno hay que define con precisión su pensamiento sociológico y el sentido «argentino» que es su anhelo imprimir a la política social: es la segunda lectura efectuada en el Salón literario, en 1837 (1), y que varios autores designan mercedadamente como su «Plan Económico». Lo es, en efecto; y no será superfluo repetir una cita que hicimos de él hace más de quince años (2): «Util e interesante sería indagar las transformaciones que ha sufrido el valor de la propiedad rural y el ganado desde fines del siglo pasado hasta hoy, calcular el número de haciendas que existía entonces en nuestros campos, el que la guerra civil y el que la seca han destruido sin fruto, el consumido productivamente en este período y el que hoy existe. Así podríamos averiguar si en punto a riqueza debemos algo a la revolución, o si en éste, como en muchos otros, hemos más bien retrogradado. Averiguar también la población de entonces y de ahora, el valor de las principales mercancías peninsulares que se consumían entonces y el que han tomado nuevamente las extranjeras desde la revolución. Calcular la riqueza, lo que se consumía en esa época, los objetos peninsulares de primera necesidad y lo que se consume hoy en los mismos, para ver hasta qué punto han aparecido nuevas necesidades en nuestra sociedad y se han extendido en ellas las comodidades. Si contamos hoy con más riqueza real que en aquellas fechas cuando circulaba mucho oro y plata y estaba a grandes las casas. Si el sistema prohibitivo colonial era más productivo de riqueza que el comercio libre. Estos datos y otros muchos podían engendrar con el tiempo una cien-

---

(1).— *Echeverría*: «Obras Completas. Vol. V.

(2).— En el estudio sobre «*La ciudad Indiana*», de Juan A. García, incluido en mi libro «*Sociología Argentina*» 2ª ed., editor Jorro, Madrid, 1913.

cia económica verdaderamente argentina; y estudiada nuestra industria la ilustraría con sus consejos y les enseñaría la ley de la reproducción.... Por más que hagan los economistas europeos, lo que ellos dan por principio universal y leyes universales en el desarrollo de la riqueza y de la industria, no son más que sistemas o teorías fundadas sobre hechos, es verdad, pero tomados de la vida industrial de las naciones europeas. Ninguno de ellos ha estudiado una sociedad casi primitiva como la nuestra, sino sociedades viejas que han sufrido transformaciones y revoluciones, donde el hombre ha ejercido la actividad de su fuerza, donde la industria ha ejercido prodigios, donde sobreabundan los capitales y los hombres, y donde existen en pleno desarrollo todos los elementos de la civilización. Verdad es que ellos han descubierto porción de verdades económicas que son de todos los tiempos y climas; pero si se exceptúan estas verdades, de poco pueden servirnos sus teorías para establecer algo adecuado a nuestro estado y condición social. Además, cada economista tiene su sistema, y entre sistemas contradictorios fácil es escoger en abstracto, pero no cuando se trata de aplicarlos en un país nuevo, en donde nada hay estable, todo es imprevisto e independiente de las circunstancias, de las localidades y de los sucesos, en donde es necesario obrar contra la corriente de las cosas para ajustarse a un principio cuya verdad no es absoluta. Hemos visto, sin embargo, en nuestras asambleas, como en política, disputar en economía cuando se trataba de fundar un impuesto, de arbitrar medios para el erario, de establecer bancos, etcétera, a nombre de tal o cual economista, echar mano de la economía europea para deducir la economía argentina, sin tener en consideración nuestra localidad, nuestra industria, nuestros medios de producción, ninguno de los elementos que constituyen nuestra vida social».

Este concepto claro de la necesidad de estudiar las bases económicas de nuestra constitución social permite asignar a Echeverría el puesto de iniciador de la sociología argentina, en una dirección que posteriormente fué

desenvuelta luminosamente por Albardi. Ese sentido «social» de la ciencia política es el propio y específico de toda la filosofía saintsimoniana, conservándose invariable desde su creador hasta sus últimos propagandistas, entroncándose más tarde con la «Internacional» y finalmente con la política socialista contemporánea. El sansimonismo argentino no se inspiró en las fuentes primitivas, lo que no es de sorprender; el enciclopedismo había llegado a través de los fisiócratas españoles y nó por los filósofos franceses; el sensacionismo por la Ideología de Cabanis y Destutt, nó por Condillac. Es probable que nadie, en Buenos Aires, hubiese leído a Saint Simón; los miembros de la «Asociación» juraban por Leroux, que en 1831 era ya portavoz del saintsimonismo (apartándose de la camarilla cuando prevalecieron los amigos de Enfantin) y fue luego definiendo su nueva doctrina socialista hasta fijarla en 1840 en su famoso «De l'Humanité».

Es de advertir, por fin, que la «Asociación de Mayo» no tuvo ninguna influencia en la política contemporánea, según lo reconoce Echeverría en el «Retrospecto», publicado en 1846 (1). Compuesta, en su casi totalidad, por jóvenes estudiantes que estaban cansados de los unitarios y no querían adherir a los federalistas, no pasó de una lírica afirmación de ideales sin el menor comienzo de actuación política. Tuvo, en cambio, la buena suerte, de contar en su seno á una docena de jóvenes que actuaron eficazmente después del 52 y que dieron el lustre de su gloria madura a la «Asociación» en que antes florecieran sus primeros ensueños.

---

(1). — *Echeverría*: Obras completas, Vol. IV.; el «Retrospecto» precede al «Dogma» y hace la historia de la «Asociación».

### III

#### INFLUENCIAS SAINTSIMONISTAS EN LA JUVENTUD DE SARMIENTO

El pensamiento de la "Asociación de Mayo" era, como se ha visto, radicalmente distinto de los planes subversivos que agitaban a los viejos revolucionarios de filiación unitaria; su programa era *social*, antes que político; querían modificar la sociedad argentina, mas no creían eficaz para ello un simple cambio de gobernantes. "La fuerza de las cosas invirtió el primitivo plan de la Asociación. La revolución material contra Rosas, estaba en pie, aliada a un poder extraño. Nuestro pensamiento fué llegar a ella después de una lenta predicación moral, que produjese la unión de las voluntades y las fuerzas por medio del vínculo de un Dogma socialista. Era preciso modificar el propósito, y marchar a la par de los sucesos supervinientes. Los señores Alberdi y Canó continuaron en la redacción de la *Revista del Plata* y del *Porvenir*, propagando algunas doctrinas sociales y considerando, de un punto de vista nuevo, todas las cuestiones de actualidad que surgían. Su labor no fué infecunda. Hemos visto hasta en documentos oficiales de aquella época, manifestaciones clásicas de que ganaban terreno las nuevas doctrinas" (1).

Sus afiliados se contrajeron a sembrar doctrinas, mas bien que a tramar revueltas militares. En varios puntos de la república se formaron núcleos de la Asociación misma, principalmente en Tucumán, Córdoba y San Juan (2). En esta última ciudad fué su principal propagandista el Sr. Manuel J. Quiroga Rosas, quién reunió en torno suyo a Sarmiento, Aberastain, Cortinez, Rodríguez, Villa-

(1) ECHEVERRÍA, «Ojeada retrospectiva».

(2) Datos al respecto en la citada «Ojeada retrospectiva».



fañe y otros. La correspondencia de Quiroga Rosas con Alberdi, incluida en las *Obras Postumas* de este último, revela claramente la filiación filosófica del grupo. «Si Vd. consiguiese, como lo creo, manejar este mundo, (porque, hombre, es preciso pensar en grande, para ser algo), y este su pobre amigo lograrse tener alguna influencia en aquél de que luego hablaré, los nombres de Pascal, de Saint Simón, de Leroux, no lo dude Vd., muy pronto vagarían con provecho por los labios americanos, y gobernarían nuestras inteligencias como hasta hoy lo han hecho los nombres de Moisés y de Jesús. Y no es que yo quiera encarnar en aquellos tres solos nombres la civilización verdaderamente moderna, como las civilizaciones hebraica y cristiana se han encarnado en estos dos últimos: pero yo hablo con libertad por que Vd. me entiende demasiado» (Vol. XV, pag. 358). Y no es difícil de comprender: Pascal, como autor de las «Cartas Provinciales», era un símbolo en ese momento, pues la reacción clerical de Rozas acababa de entregar a los jesuitas la enseñanza pública y la Universidad fundada por Rivadavia....

La nueva Biblia de esa generación era la *Revista Enciclopédica*, de Leroux, que Alberdi diseminaba a todos los vientos. «No necesito—le escribe Quiroga Rosas—decirle que me mande muchos ejemplares de la *Creencia* (1), papeles y todo lo que considere útil allí, sobre todo las *Revistas Enciclopédicas*, que ya son mías, gracias a la gran generosidad del Sr. Peralta. Le repito que no deje de mandarme las revistas, y de contestarme, con la primera ballenera, con la primera ocasión que haya, mire que me urge» (XV, 364).

Quiroga Rosas apostolizó fervorosamente a los nuevos adeptos de San Juan. Sarmiento regresaba de su primer viaje a Chile, con su instrucción desorientada y sin firmes direcciones; su ingreso a la Asociación implicó una

(1) Se trata, evidentemente, del «Código o declaración de los principios que constituyen la creencia social de la República Argentina», programa político adoptado por la juventud que constituyó la Asociación de Mayo.

renovación fundamental de su cultura. A ello alude en *Recuerdos de Provincia*:

«En 1838 fué a San Juan mi malogrado amigo Manuel Quiroga Rosas, con su espíritu mal preparado aún, lleno de fé y entusiasmo en las nuevas ideas que agitaban el mundo literario en Francia, y poseedor de una escogida biblioteca de autores modernos. Villemain y Schlegel en literatura; Jouffroy, Lerminier, Guizot, Cousin, en filosofía e historia. Tocqueville, Pedro Leroux, en democracia; la *Revista Enciclopédica*, como síntesis de todas las doctrinas” (1) Y agrega que, en 1839, formaron una sociedad literaria en San Juan, para leer los autores franceses de la época “y los de la *Revista Enciclopédica*, cuyos escritos solo nosotros poseíamos” (2).

Sarmiento compartió las doctrinas comunes. “En San Juan se ha hecho mucho, Vd. lo verá: allí hay buenos jóvenes del temperamento de los nuestros, hombres de *pasión* y de progreso. Han estudiado mucho a Leroux; y han escrito aquí que ellos no ven en la *Caracana Progresista* mas que su apóstol” (3). Tiempo más tarde, el mismo Sarmiento, escribía: “Las ideas proclamadas en 1837 son las mas radicales que se han publicado hasta hoy. Pedro Leroux y Lerminier eran el alfa y el omega de las palabras simbólicas” (4).

Cuando Sarmiento emigró a Chile, en 1840, su manera *social* de encarar los asuntos políticos argentinos coincidía plenamente con el criterio socialista que Alberdi procuraba imprimir a la Asociación, en abierto contraste con el unitarismo. Quiroga Rosas se instaló en Copiapó, continuando la prédica en ese mismo sentido: “Después de llegado aquí, a los pocos días, tuve la felicidad de haber conseguido conmover un poco la emigración argentina, tanto por lo que respecta a nuestras ideas, co-

(1) Sarmiento: «Recuerdos de Provincia», pág. 180.

(2) *Idem*, 10.

(3) Carta de «Quiroga Rosas a Alberdi» - XV, 369.

(4) SARMIENTO: «Las Ciento y Una», - Obras, XV, 267.

mo por lo que respecta a nuestra política de circunstancias. —Vamos por partes—El *Catecismo* (1) ha agradado sobremanera a estas gentes enfermas y deseosas de elevarse. Tenían la peor idea de la juventud de Buenos Aires, y su resignación a la desgracia llegaba a su colmo. Hoy es otra cosa. Don Mariano Fraguero, y otros, creyeron al principio que el *Catecismo* sería de Rivadavia; luego que les hablé circunstanciadamente de todo, vieron su desengaño, que mas se afirmó cuando vieron los trabajos continuos de la juventud durante la tiranía, y cuando conocieron las páginas de nuestro maestro Leroux.—Fraguero, dice que no quisiera ir a Francia, sino para ver a Leroux; que los negocios públicos de nuestra república, después de un cambio, debían dejarse libremente a la capacidad de la juventud. ¿Es esta una completa conquista, o nó? Ya se vé, no era difícil hacerlo en un espíritu tan despejado y en un corazón tan generoso, tan nuevo.

“La Caravana ha levantado una fuerte subscripción para reimprimir el *Catecismo* en Valparaiso, y ha creído oportuno aumentarle tres palabras simbólicas:—sobre el amor a la gloria, sobre la dirección que se debe dar a la prensa periódica y sobre lo que ella es en nuestro siglo; sobre los principios generales que deben dirigir y ser el fundamento de nuestra ciencia económica, para sacar de la miseria a nuestros pueblos y sus laboriosos individuos....

“Al mismo tiempo me ocupo de refundir la traducción que tenía hecha de los tres capitales artículos de Leroux, que debo publicar con notas y una introducción sobre lo que ha hecho Leroux en la Doctrina de la Perfectibilidad, desarrollando las ideas de Pascal, del siglo XVIII y de Saint Simón.—Vd. no puede tener una idea de la falta que me hacen los tres tomos de la Revista (Enciclopédica) que Vds. me tienen. Todos mis libros están diseminados, aquí, en San Juan, en Montevideo, y muchas veces me encuentro atado” (2).

(1) Se refiere a la creencia o declaración de principios de la Asociación.

(2) Carta de «Quiroga Rosas a Alberdi», - XV, 369 y sig.

Esas cartas de Quiroga Rosas tienen más valor documentario que los manifiestos y escritos lanzados a la publicidad por los miembros de la Asociación de Mayo; contráidos a moverse en un medio poco preparado para sus prédicas, forzoso érales encubrir sus ideas sociales con símbolos y circunlocuciones menos comprometedoras. Y a ello les forzaba la prensa rozista, con aquél formidable De Angelis a la cabeza, que no cesaba de llamarlos “utopistas”, “comunistas”, “falansterianos”, “anarquistas”, “sansimonistas”, etc., reservando graciosamente los epítetos de “locos”, “salvajes”, “ateos”, “inmundos”, etc., a los unitarios que soñaban con Rivadavia y conspiraban con Lavalle.

Y esas cartas confirman, a la vez, la suposición ya enunciada: mientras Echeverría fué el portavoz visible y literario de la Asociación de Mayo, el verdadero motor de su mecanismo era Alberdi, a quien corresponde lo mas neto de su aspecto social y de su pensamiento sansimoniano.

La “jóven generación”, en Chile, siguió escribiendo bajo las mismas influencias sansimonianas-socialistas que Alberdi y Echeverría cultivaban en Montevideo. Sarmiento no escapó a esta influencia, que es fácil percibir en sus escritos de esa época. Así, en 1842, defiende al romanticismo explicando su fondo “socialista” y concibiéndolo como una rehabilitación del mérito democrático contra el privilegio de casta (1). En 1843 escribe que tiene, como autoridad, la colección de la *Revista Enciclopédica* (2). En 1845, a los que le reprochan sus ideas sobre la influencia del ejecutivo, diciéndole que vaya a la escuela, contesta que “podían tambien mandar (a la escuela) a los republicanos que escribieron la *Revista Enciclopédica*, a Cormenin, a Arago, a Blanc, a Leroux, a todos los republicanos del mundo, etc.” (3). Cuarenta años mas tarde, (en 1881), refiriendo sus polémicas literarias en Chile, ha-

(1) SARMIENTO, «Obras, I, 311 y sig.

(2) Id, IV, 37.

(3) Id, IX, 156.

ce notar las ventajas que llevaban los jóvenes a sus adversarios, por el conocimiento de las doctrinas sociales e históricas florecientes en Francia; "reinaban aun en aquellas apartadas costas Raynal y Mably, sin que estuviera del todo desautorizado el Contrato Social. Los mas adelantados iban por Benjamin Constant. — Nosotros llevamos, yo al menos, en el bolsillo, a Lermnier, Pedro Leroux, Tocqueville, Guizot", (4). Adviértase que los dos últimos nombres corresponden, sin duda, a una época algo posterior.

Sus escritos periodísticos de Chile reflejan un interés constante por los problemas sociales, por las clases sus frentes, por la economía y el trabajo, "pues el espíritu del siglo tiende a abolir toda distinción de clases, toda jerarquía de nacimiento, toda valla opuesta al desenvolvimiento de la capacidad individual". Algunos artículos, como el sobre «Cajas de Ahorro» (1), podrían creerse transcritos de la prensa sansimoniana francesa de esa misma época.

A fines de 1845 Sarmiento emprende su viaje a Europa y Estados Unidos, con el objeto de estudiar detenidamente los problemas relacionados con la instrucción pública; ese viaje completó y renovó sus ideas, despertándole una pasión por los Estados Unidos que le acompañó hasta la muerte (2). Desde esa fecha sus grandes modelos dejan de ser europeos y franceses; empieza a ver todo con ojos yankis. La influencia sansimoniana de Leroux decrece; las preocupaciones sociales y económicas de la Asociación de Mayo se van borrando de su mente y de sus escritos. Sarmiento, después del 52, define otra orientación a su labor cultural: la educación pública. Toda su actividad de treinta años converge a esa nueva función, en cuyo desempeño conquistó la inmortalidad.

El movimiento político socialista que remata en Francia, en la Revolución del 48, merece todavía su atención,

---

(4) SARMIENTO, «Obras», I, 343.

(1) En «El Mercurio», 1842 - Obras, vol. X.

(2) Libro de Viajes, Obras. vol. V.

aunque sus vínculos militantes con la política chilena le impiden tomar partido abiertamente en favor de las consecuencias a que llega el movimiento de ideas sociales iniciado por Leroux y los escritores de la *Revista Enciclopédica*. Vé en la revolución de Febrero “uno de los acontecimientos mas extraordinarios que han conmovido al mundo,” y en su primer aniversario le dedica un sesudo artículo sosteniendo que ella complementa la revolución francesa. “Amemos, pues, la revolución francesa, por que es la proclamación de la justicia entre los pueblos, la igualdad entre los hombres, el derecho de la razón, la abolición del antiguo derramamiento de sangre, en nombre del interés de la sociedad, como había sido ya abolido en nombre de esta o la otra religión. Adoptémosla con toda sus verdades, dejando a sus grandes hombres, a los primeros pensadores del mundo que discutan pacíficamente las cuestiones *sociales*, la *organización del trabajo*, ideas sublimes y generosas, pero que no están sancionadas aún ni por la conciencia pública, ni por la práctica“ (1). Pocos meses mas tarde (Septiembre de 1849) comenta las últimas noticias de Europa, que anuncian el triunfo electoral de la izquierda socialista: “Suprimese la República y estalla el socialismo, como un mundo nuevo, que va a ocupar la democracia europea.

“El cristianismo—agrega—siguió entonces el camino que hoy lleva al socialismo. Ayer era el objeto del menosprecio y de la belfa, y hoy se presenta sentado insolentemente en las sillas curiales del gran Senado francés. ¿Quién lo destronará? Tanta es nuestra ignorancia sobre aquellas doctrinas sociales, que temiéramos entrar a explicarlas, temerosos de pasar plaza de locos o de visionarios” (2). Es curioso ver de que manera mezcla Sarmiento el curso de los sucesos cimentados en Francia por Leroux, con los acontecimientos menores de la política chilena.

---

(1) Idem, IX, 37.

(2) Idem, IX, 24 y 25.

La caída de Rozas puso término, en todos los jóvenes próscritos, a las preocupaciones del romanticismo social. Las necesidades apremiantes de la reorganización nacional requirieron el concurso de todas las grandes inteligencias, para la obra de treinta años. El 80 encontró a Sarmiento absorbido por la política y la educación, leyendo a Spencer, intentando seguirlo en su "Conflicto y armonías de las razas en América;" él mismo no habría sospechado que tomando el camino de la sociología se aproximaba de nuevo a los caminos que había recorrido en sus comienzos, sin encontrarlos ya (1). Spencer completaba el ciclo de Comte, que había sido discípulo de Saint Simon, lo mismo que Leroux. Y la raíz común de todos ellos era un gajo vigoroso de la Enciclopedia, Condorcet, cuyo ramaje en diversos sentidos, continuaba retoñando todavía después de un siglo.

#### IV

##### INFLUENCIAS DEL SAINTSIMONISMO EN LA JUVENTUD DE ALBERDI

Uno, entre todos, continuó por la senda señalada en el "Dogma", especializándose en los estudios de sociología económica y política social que debieron constituir el programa "realista" y "argentínista" de la Asociación de Mayo, a estar a lo expuesto por Echeverría en la segunda lectura o "Plan Económico". Las tendencias de filosofía social fueron luminosamente desarrolladas por el tucumano Juan Bautista Alberdi (1810-1884), que supo adaptarlas a la economía y a la sociología argentina, con pensamiento hondísimo y precisión muy superior a todos sus contemporáneos.

Ningún suceso extraordinario determinó su orientación intelectual. En 1825 ingresó al Colegio de Ciencias Morales, de Buenos Aires, recibiendo el influjo de la ense-

(1) En su última obra de aliento reaparece una cita: «Pierro Leroux, Encyclopedie Nouvelle», vol. XXXVII, pág. 211.

ñanza ideologista; tocóle cursar filosofía en el aula de Diego Alcorta, antes del año 30. En general, la enseñanza era abstracta y más encaminada al humanismo literario-filosófico que a las ciencias de la naturaleza. Se discutían los principios y se desdeñaban las realidades: en las ideas innovadoras fácil era advertir una tendencia a transformar en disquisición teórica todo lo que se pretendía cimentar en la ciencia: el vicio colonial obstruía subterráneamente la formación del pensamiento argentino.

Los profesores universitarios de la época rivadavista eran teóricos en filosofía, como era teórico Rivadavia en política; parecían olvidar que vivían en Buenos Aires y en la Argentina. «Al escribir el nombre del Colegio (de Ciencias Morales) en que me educó, me explico por primera vez, por qué yo y mis colegas somos nulos en *ciencias físicas y naturales*. La razón es clara; es porque solo se nos enseñó *ciencias morales*. Este hecho prueba dos cosas: una en favor, otra en contra de Rivadavia. Dando tal impulso a las ciencias morales, probó que él pensó hacer de su país un país libre. Los tiranos tiemblan de las ciencias morales. Pero al mismo tiempo probó Rivadavia, olvidando las ciencias físicas, que no conocía la verdadera exigencia de nuestros países, llamados a una vida industrial y positiva, a la que deben preparar por una educación compuesta de materias útiles, y de material y productiva aplicación». (1).

Estas reflexiones de Alberdi explican el carácter «realista» que dieron al pensamiento político los jóvenes de su generación; eso los indujo a acentuar la «argentinidad» de sus doctrinas, apartándose del primitivo grupo rivadavista, con el que llegaron a divorciarse abiertamente en Montevideo, durante la proscripción.

En el Colegio de Ciencias Morales contrajo Alberdi amistades útiles para su cultura. Conocía ya los escritos de Volney y tuvo ocasión de leer las obras princi-

---

(1) ALBERDI: «Impresiones de viajes».—En *Obras Póstumas*, Vol. XV, pág. 907.



pales de Juan Jacobo Rousseau, en compañía de Miguel Canó. Siguió más tarde estudios de Derecho, los que terminó en 1834 (1).

El ambiente cultural sufrió, por esos años, un hondo sacudimiento en Buenos Aires. A la influencia de los estudios universitarios, impregnados de condillaquismo, «se agregan los de un grande acontecimiento que trastornó las bases sociales del mundo europeo,—la revolución de 1830,—que sacó a los Borbones del trono de Francia, y puso en él a Luis Felipe de Orleans. Nadie hoy es capaz de hacerse una idea del sacudimiento moral que este suceso produjo en la juventud argentina que cursaba las aulas universitarias. No sé como se produjo una entrada torrencial de libros y autores que no se había oído mencionar hasta entonces. Las obras de Cousin, de Villemain, de Quinet, Michelet, Jules Janin, Mérimée, Nisard, etc., andaban en nuestras manos produciendo una novelaria fantástica de ideas y de prédicas sobre escuelas y autores—románticos, clásicos, eclécticos, sansimonianos. Nos arrebatábamos las obras de Víctor Hugo, de Saint-Beuve, las tragedias de Casimir Delavigne, los dramas de Dumas y de Víctor Ducange, Georges Sand, etc. Fué entonces que pudimos estudiar a Niebuhr y que nuestro espíritu tomó alas hacia lo que creíamos las alturas. La «Revue de Paris», donde todo lo nuevo y trascendental de la literatura francesa de 1830 ensayó sus fuerzas, era buscada como lo más palpitante de nuestros deseos.

«Por fortuna este movimiento, en el que aprendíamos a pensar a la moderna, y a escribir con intenciones nuevas y con formas novísimas, cuadraba con el final del primer período gubernativo de Rozas (1832) y con la nueva gobernación del general Balcarce, que aunque emergente de Rozas hacía columbrar un respeto, más espontáneo y natural hacia el movimiento libre de las

---

(1) ALBERDI: Ver «Memorias sobre mi vida y mis escritos» en *Obras Póstumas*, Vol. XV, pág. 240 y sig.

ideas, siendo como una resurrección de los principios de nuestra sociabilidad culta de la primera y segunda década de nuestra revolución. He aquí como el despertamiento de la literatura francesa inoculó en nosotros, muchachos de 21 a 24 años, el mismo ardor por la renovación social y el reinado de las ideas nuevas» (1).

En 1834 se inauguró el Salón Literario, fundado por Don Marcos Sastre en su propia casa de librería (2); los jóvenes no resistieron a la tentación de mezclar la política a la literatura, consiguiendo atraer los recelos y las persecuciones del gobierno. En 1837 no se podía seguir con el Salón Literario y la «Joven generación argentina» pensó fundar una logia secreta, cuya idea política fundamental era apartarse de las facciones precedentes, no solidarizándose con el unitarismo rivadavista ni con el federalismo rosista. En el orden político y doctrinario seguían las direcciones sociales de Leroux, cuyo diario *Le Globe* era, ya en 1831, órgano oficial del partido sansimoniano.

Alberdi influyó eficazmente entre los iniciadores de la «Asociación de Mayo»; su participación conspicua en los trabajos preliminares y de propaganda está consignada en la «ojeada retrospectiva» con que Echeverría precedió la publicación del «Dogma Socialista», en 1848; en esta reedición figura la «décima palabra simbólica», redactada por Alberdi y que, en decir de Echeverría, «reasume toda la doctrina» («Abnegación de las simpatías que pueden ligarnos a las dos grandes facciones que se han disputado el poderío durante la revolución»).

En el mismo año publicó Alberdi su comentario «Fragmento preliminar al estudio del Derecho» (1), cuyo prefacio es un documento de incuestionable valor. En la orientación de este escrito deben distinguirse dos aspectos de mérito desigual: el jurídico y el filosófico.

---

(1) VICENTE F. LOPEZ: «Autobiografía», en «La Biblioteca», Buenos Aires, 1896.

(1) Ver ALBERDI, «Obras Póstumas», Vol. XV, 297, y LOPEZ, «Autobiografía», cit.

En el primero prevalece la influencia del acomodaticio Lermnier, que procuró difundir en Francia la doctrina histórica de Savigny, aunque bastardeándola con reflejos de su pasado sansimonismo y torciéndola para acomodarla a la creciente influencia del eclecticismo en la enseñanza oficial; nombrado profesor de legislaciones comparadas en el Colegio de Francia, en 1831, obtuvo éxitos oratorios y alcanzó gran prestigio entre la juventud liberal, hasta que se plegó al gobierno y cayó en tal descrédito moral que se vió precisado a suspender sus lecciones, en 1838. Esta introducción de la escuela histórica,—ya insinuada en escritos de Echeverría y continuada en 1872 por Vicente F. Lopez, en su cátedra de derecho romano,—marca una fecha en nuestra enseñanza jurídica (2).

En su aspecto filosófico el «Fragmento» muestra, confusamente entremezclados, los elementos de las cuatro doctrinas que en los últimos veinte años reñían en París y repercutían en Buenos Aires: el enciclopedismo, el sensacionismo de los ideologistas, el eclecticismo y el sansimonismo de Leroux. Justo es no ocultar que esas influencias aparecen caóticamente promiscuadas en el «Fragmento»; combate a los enciclopedistas y al sensacionismo con argumentos de los eclécticos y a éstos con razones de los sansimonianos, no obstante continuar los últimos la corriente de los enciclopedistas y sensacionistas.

Como todos sus coetáneos tenía Alberdi una razón política para apartarse de la filosofía ideologista: esta había florecido con el rivadavismo y la «jóven generacion argentina» deseaba desvincularse de esa tradición. De allí cierta complicidad con el eclecticismo, en cuanto éste combatía a los ideologistas, no obstante abrevarse el autor

---

(1) Obras completas, Vol. I.

(2) Véase: J. A. GARCIA, "Sumario analítico de un curso sobre Alberdi (An. de la Fac. de Derecho, 1911);" A. PESTALARDO: "Hist. de la enseñanza de las ciencias jurídicas y sociales", 1914; SANTIAGO BAQUÉ: "Evolución del pensamiento de Alberdi, hasta las Bases" (An. de la Fac. de Derecho, 1914); etc.

en las fuentes sansimonianas de Leroux, que poco después, en 1839, publicó su famosa «Refutación del Eclesiasticismo». Y la simpatía por Leroux, a su vez, se fundaba en otra razón política: él, y sus amigos de la «*Revue Encyclopédique*», combatían la restauración orleanista de Luis Felipe en nombre de la democracia y de la libertad que la «jóven generación argentina» quería defender bajo el gobierno de Rozas, sin pronunciarse todavía públicamente contra él. Esta última circunstancia explica la justificación de ese gobierno en el «Fragmento»; la «jóven generación», en 1837, había roto ya sus vínculos con el fracasado rivadavismo unitario, sin osar todavía pronunciarse contra el floreciente federalismo rosista.

Alberdi era, fundamentalmente, un economista utilitario a la manera de Bentham y un socialista humanitario del estilo de Leroux; esas dos modalidades básicas de su mente se filtran a través del savignismo jurídico de Lermnier, que aparece como inspirador del «Fragmento».

Sus ideas políticas y democráticas coinciden, en general, con las del «Dogma» de Echeverría; motivos hay para admitir que, sobre este punto, fué Alberdi quien ejerció influencia sobre el pensamiento del otro.

En rigor, ese escrito juvenil de Alberdi escapa a toda clasificación filosófica dentro de los sistemas corrientes en su época. La única idea digna de subrayarse, porque la veremos reaparecer con insistencia en otros de sus escritos posteriores, es la del nacionalismo filosófico, que expresa, concretamente, así: «Es preciso, pues, conquistar una filosofía para llegar a la nacionalidad». Veremos, más adelante, como la desenvuelve Alberdi.

En una página de sus *Obras Póstumas* encontramos la siguiente explicación de Alberdi, que poco ilustra sobre la verdadera dirección del «Fragmento»: «Lamas contestó con lugares comunes de política constitucional, que yo conocía como él, tres páginas de mi Prefacio al «Preliminar», que se abstuvo de refutar en el fondo, porque no habría podido hacerlo sin acreditarse de insensato. Yo había cubierto la emisión de las doctrinas más liberales y

revolucionarias, en política, filosofía y literatura, con algunas páginas de concesiones, que redacté con los sofismas de los doctrinarios franceses, a quienes tuve buen cuidado de desacreditar en las notas del mismo "Preliminar", que compuse de materiales tomados a las "cartas dirigidas a un berlinés" de Lerminier. Más tarde, Lamas adoptó cuantas ideas inicié en el "Preliminar", y finalmente, en una conversación tenida en presencia de mi amigo Gutierrez, le vi profesar hasta los sofismas de mi prefacio". (1)

Lo único que puede inferirse, son las corrientes filosóficas que coexistían en la mente de la juventud estudiosa de Buenos Aires. Alberdi las enuncia en otro escrito. "Yo había estudiado filosofía en la Universidad, por Condillac y Locke. Me habían absorbido por años las lecturas libres de Helvecio, Cabanis, de Holbach, de Bentham, de Rousseau": toda la enciclopedia y el ideologismo. "A Echeverría debí la evolución que se operó en mi espíritu con las lecturas de Víctor Cousin, Villemain, Chateaubriand, Jouffroy y todos los eclécticos procedentes de Alemania, en favor de lo que se llamó el espiritualismo" y "por Echeverría, que se había educado en Francia, durante la Restauración, tuve las primeras noticias de Lerminier, de Villemain, de Víctor Hugo, de Alejandro Dumas, de Lamartine, de Byron y de todo lo que entonces se llamó el romanticismo, en oposición a la vieja escuela clásica".

"Echeverría y Gutierrez propendían, por sus aficiones y estudios, a la literatura; yo, a las materias filosóficas y sociales. A mi ver, yo creo que algún influjo ejercía en este orden sobre mis cultos amigos. Yo les hice admirar, en parte, las doctrinas de la *Revista Enciclopédica*, en lo que más tarde llamaron el *Dogma Socialista*"; aquí está la fuente del segundo sansimonismo, con Le-roux, Chevalier, etc. (2)

(1) "*Acontecimientos del Plata, en 1839 y 1840*" Volúmen XV, pag. 495.

(2) Autobiografía citada, pág. 294 y 295.

Esas lecturas, con otras pocas, son las mismas que menciona Alberdi como las favoritas de su primera edad (1); son grupos sucesivos perfectamente caracterizados, a pesar de que él los cita en desorientador entrevero.

En Noviembre de 1838, Alberdi salió de Buenos Aires para Montevideo, iniciando su campaña contra Rozas y continuando en la proscripción los estudios de filosofía social en que tanto se había distinguido ya.

Las tendencias saintsimonianas de los hombres de la "Asociación de Mayo", en esa época, eran más precisas. Ni las ocultaban ellos, ni las ignoraban sus enemigos. Cuando emigraron, en 1839, la prensa rosista los trataba de "Saintsimonianos" sin que ellos se opusieran a esa clasificación. El corresponsal montevideano de la Gaceta de Buenos Aires, delata a los proscriptos: "Hay también aquí un club que se titula de Románticos y Saintsimonianos, Alberdi es el presidente..."; Alberdi le contesta en "El Nacional" que no forman parte de ningún club así titulado y agrega: "Nos ha calificado de sansimonianos y románticos, y por tanto, utopistas, paralogistas, visionarios, locos en una palabra, según la inteligencia vulgar del sansimonismo y romanticismo". Y replica, con violencia, que si trabajar por la libertad y el bienestar de la nación, "si los principios que hemos propagado hasta aquí... son para vosotros sansimonismo y locura, dejadnos ser sansimonianos y locos, ... con todos los campeones de la Revolución americana, de cuyos grandiosos designios no son los nuestros hoy más que una reproducción humilde y sincera" (*Alberdi, Obras Póstumas*, vol. XIII, pág. 226 a 235). Florencio Varela escribió, en Montevideo, muchos artículos de política económica desarrollando ideas semejantes a las de Alberdi, inspirándose, también él, en las de Leroux; Juan M. Gutiérrez y Vicente F. López, han testimoniado su adhesión a esa corriente de ideas, en la misma época.

Las violentas diatribas de que les hiciera objeto la prensa de Rozas, repitiendo las imputaciones de "comunis-

(1) Pág. 308 y 309.

tas" y "utopistas" con que los conservadores europeos agredían a los partidarios de Leroux, indujeron muchas veces a los fundadores de la Asociación a negar toda solidaridad con los saintsimonistas franceses, llevados por el deseo de no merecer esos epítetos y de no compartir los de "locos" y "logistas" con que se favorecía a los unitarios rivadavistas. Pero estas reticencias acomodaticias, requeridas por la conveniencia de la polémica, no disminuyen un ápice al origen realmente saintsimoniano del "Dogma" y sólo podrían inducir en error a quien olvide todos los antecedentes enunciados.

Es indispensable recordar, por otra parte, que los proscriptos en Montevideo estaban divididos. Los "viejos" eran unitarios que habían actuado en tiempo de Rivadavia y perseguían una simple restauración de sus régimen, contando para ello, en primer término, con proyectos revolucionarios que giraban en torno de Lavalle; si alguna orientación filosófica flotaba sobre ellos, aunque no se advertía, era una mezcla de enciclopedismo y de ideología condillaquiana. Los "jóvenes", en cambio, no obstante coincidir con ellos en la actitud antirosista, ponían particular empeño en subrayar su propósito de no confundirse con los rivadavistas envejecidos, a los que consideraban como "teóricos fracasados"; ese afán de diferenciarse habría bastado para apartarlos de la filosofía ideologista.

Su posición política determinó su actitud filosófica: los opuso a la teología católica hispano-colonial, que era patrimonio legítimo de la restauración rosista, y al sensacionismo ideologista que había florecido en tiempos de los "teóricos fracasados". El eclecticismo les era cómodo para apartarse teóricamente de ambos; y para su labor práctica de reconstrucción política, les resultó excelente la filosofía "social" que iba transformado el sansimonismo en socialismo humanitarista, desde la muerte de Saint Simon hasta el auge de Leroux.

Prueba de ello encontramos en los escritos de Alberdi. Hasta 1840 se ocupa de filosofía, costeando el

eclecticismo introducido por Echeverría; después, hasta el 52, se ocupa de política y economía, más influido por el sansimonismo, hasta culminar en las "Bases"; todo el resto de su vida continúa ahondando sus estudios económicos, circunscritos especialmente a la evolución sociológica argentina.

V

EL PROGRAMA

DE FILOSOFIA SOCIAL DE ALBERDI

En las «*Obras Póstumas*» de Alberdi se encuentran algunos escritos sobre filosofía que hasta hoy no han sido mencionados por sus comentaristas.

El primero de ellos es una crítica de la enseñanza ideologista. En 1838 asiste Alberdi, en Montevideo, á los exámenes de filosofía y encuentra que las doctrinas enseñadas no son útiles para la vida social; en el artículo de «*El Nacional*» no discute su verdad, contempla su ineficacia práctica para el futuro ciudadano. La patria—dice—ya está hecha, la hemos conseguido y «no exige ni sangre ni matanza. Otras batallas, otro heroísmo, se nos pide: los jóvenes están destinados a ser los apóstoles de la verdadera religión republicana, de la verdadera felicidad nacional, que nosotros, pobres soldados de la libertad, no hemos podido conseguir». Se diría que estamos leyendo a Pierre Leroux, que por ese tiempo predicaba contra la restauración de Luis Felipe en términos idénticos. «No pretendemos quitar á los catedráticos el justo honor de haber preparado a sus discípulos, para sufrir con éxito los exámenes públicos; pero deseáramos que el de filosofía, se hubiera penetrado, antes de poner en manos de los jóvenes estudiantes el curso del señor Tracy, de la misión que la Filosofía tiene en nuestro siglo, de las necesidades de la época, y sobre todo de lo que es necesario a la juventud de la República. Hijos de una revolución, hija ella a su vez del espíritu revolucionario del



siglo XVIII, las doctrinas e ideas de aquella época están en nosotros, sin necesidad de que vengan á ser la base de nuestra educación intelectual; la filosofía del señor Tracy, como la de Helvecio, Locke, Condillac, etc., ha producido ya cuanto se le podía exigir—advírtase el concepto práctico de la filosofía como instrumento político—«sujeta a las necesidades de una época furiosamente revolucionaria, está llena de ideas y principios que pueden servir para batir y destruir lo que otras épocas habían establecido. Pero no es esa la ciencia que los hijos de una república naciente, y del espíritu sintético del siglo XIX deben profesar como norma infalible de sus pensamientos futuros; es ya una filosofía excéntrica, contraria a las exigencias de la época y que no prepara los resultados que tenemos derecho a esperar de los trabajos de la juventud. Una filosofía que derrame en el corazón el amor por la construcción, que acerque y fraternice a los hombres todos, que no excluya, por preocupación o espíritu de sistema, los elementos que bien empleados podrían ser buenos, debería a nuestro juicio, ser preferida a la profesada por Mr. Tracy». (1)

Alberdi se despreocupa por completo del contenido propiamente filosófico del ideologismo que critica; él no discute si el sensacionismo es verdadero o falso. Su punto de vista es otro: buscar una filosofía que sugiera ideales útiles a la nueva generación y a la sociedad entera. Este criterio—análogo por algún aspecto a ciertas manifestaciones del pragmatismo contemporáneo—es el mismo que inspiró a todos los sansimonianos y particularmente a Leroux, en «Le Globe». Alberdi, como ellos, busca una filosofía social «que acerque y fraternice a los hombres todos».

El profesor de filosofía, D. Salvador Ruano, defendió como pudo su orientación educacional y pidió a Alberdi que concretara en estilo preciso los fundamentos de su crítica. La réplica no se hizo esperar en las columnas

---

(1).—Alberdi: «Obras póstumas», Vol. XIII, pág. 115.

de «El Nacional» y contiene algunos párrafos dignos de ser transcritos. Insiste repetidamente en la inoportunidad e inutilidad de estudiar el origen de las ideas, afirmando que es «indispensable a la filosofía abandonar para otra oportunidad el estudio psicológico, el estudio íntimo del hombre», siendo otros los problemas que deben preocupar a los filósofos: los que se refieren a la sociedad.

«La «ideología», es decir, la ciencia de las ideas, no es la «filosofía», es decir, la ciencia de la verdad general, de la razón de ser de todas las cosas, de la vida fenomenal y colectiva de la naturaleza, tanto humana y moral, como natural y física.

«La filosofía del siglo XIX no es la filosofía del siglo XVIII, porque cada siglo teniendo su misión peculiar, es decir, sus ideas, sus cuestiones, sus intereses, sus tareas, sus fines exclusivos y propios, quiere tener y tiene también su filosofía peculiar. Porque aún cuando la filosofía es una en todos los tiempos y países, pues que la verdad es una en todos los instantes y en todos los lugares, hay, sin embargo, momentos y lugares en que la filosofía se ocupa exclusivamente de la indagación de ciertas verdades, que son las que importan a ese momento y a ese lugar, por medio de cierto método, de cierto proceder, que es el que conviene a la verdad en investigación; y de aquí es que la filosofía se divide en distintas épocas, en distintos ramos, que la costumbre ha hecho que se llamen filosofías diversas; es así como se llaman filosofía griega, filosofía francesa, a los distintos ramos, a los distintos momentos de una misma e idéntica filosofía».

No es posible enunciar más explícitamente la función social del pensamiento filosófico y la doctrina de la relatividad de las verdades a la época y al medio en que deben ser usadas.

«La filosofía moral y especulativa de nuestros días, y de nuestro país sobre todo, quiere ser adecuada a las necesidades de nuestra época. Estas necesidades, primero que en indagar si las ideas son sensaciones, o si la memoria y la reminiscencia son dos facultades distintas, con-

sisten en averiguar cual será la forma y la base de la asociación que sea menester organizar en Sud América, en lugar de la sociedad que la revolución de Mayo, hija de la filosofía analítica del siglo XVIII, ha echado por tierra. Para ello, importa indagar primero cuales son los derechos, las obligaciones, las facultades, los medios, los instintos, los fines sociales y morales y sociales del hombre hacia el hombre y hacia el pueblo; del pueblo hacia el pueblo y hacia la humanidad». Facilmente se advierte la preeminencia del interés político y social, sobre el propiamente filosófico; por más que menciona «la ciencia filosófica de Cousin, de Leroux, de los filósofos escoceses que han sucedido a Stevvart», bien se vé que su mente está polarizada en el sentido del segundo, cuya prédica era el mejor instrumento para una política de oposición al pasado inmediato (Bonaparte y Rivadavia) y al presente (Luis Felipe y Rozas).

«Esto es, pues, lo que nos ha parecido desconocer el señor profesor de filosofía que se ha puesto a enseñar la ciencia de las ideas, a una juventud que debe servir a una época y a un país, que antes de organizarse quiere poseer la teoría de sus derechos innatos del hombre y del ciudadano, de los derechos públicos, de los destinos sociales del hombre y de la asociación, de los fenómenos económicos de su vida material, y de los elementos todos que constituyen la vida parcial y colectiva del hombre y del estado. Tal es el campo de la filosofía actual en nuestro país y en todo el mundo moderno. Y es menester, nos parece, empeñarse en cerrar los ojos para no conocer que nunca el instante ha sido más oportuno y más precioso para librarse con decisión á estas indagaciones, que el instante actual, en que todo hace esperar la aproximación de una época en que todas estas ideas van a ser ventiladas y aplicadas». Y terminó invitando al profesor a que «abriendo sus ojos, vea lo que viene; lo que se prepara para el mundo y para nosotros» (1).

---

(1).—Alberdi, «Obras Póstumas». Vol. XIII, pág. 117 y sig.

¿Qué se preparaba, en el pensamiento del autor? Es sencillo: en Europa el 48, en la Argentina el 52.

La polémica no terminó allí. Pocos días después escribe Alberdi su artículo «Filosofía» (2), no menos ilustrativo.

«Cuando se dice que un sistema de filosofía es preferible a otro sistema, para la educación de la juventud, para la cultura general de los espíritus, no se comete esta preferencia en virtud de una razón de gusto, de capricho», como cuando se prefiere una escuela artística a otra, cuya preferencia no produce a la sociedad un mal real y positivo. «No sucede lo mismo con los sistemas de filosofía. La filosofía, lo hemos dicho, es la ciencia que investiga la razón de ser del hombre y de las cosas, y según que esta ciencia ha ofrecido como razón de ser del hombre y de las cosas, tal ó cual razón, el hombre y las cosas son entendidos de tal y cual modo, y por lo tanto la regla de sus actos, el sistema de su conducta, es prescripto de tal ó cual modo, hácia tal ó cual fin». Y agrega más adelante: «La moral, pues, las leyes, y por tanto el gobierno, los derechos, las garantías, los poderes, los intereses de los ciudadanos, reciben tal o cual destino de este ó aquel sistema de filosofía.»

«La filosofía está ligada a todo lo que hay de más positivo, de más real, de más indispensable en la vida; a las artes, a las leyes, a la política, a la economía, a la industria. Ella es la suprema ley, la sagrada antorcha que enseña al hombre cómo debe proceder, como debe adquirir, cómo debe gozar, cómo debe ser dichoso.

«La filosofía tiene su imperio, los destinos de las naciones. En este concepto los gobiernos, que velan por los progresos y los adelantos de los pueblos, no deben ser jamás indiferentes a la ciencia que, señalando sus destinos a los hombres y a los pueblos, e impeliéndolos con el poder de su autoridad irresistible, constituye la porción más considerable del poder público. La filosofía, digámoslo así, constituye un quinto poder constitucional.»

(2).—Alberdi, «Obras Póstumas». Vol. XIII, pág. 124 y sig.

Después de refutar a los ideologistas con argumentos especiosos difundidos por los eclécticos, afirma la necesidad de separarse del método analítico y de «familiarizarse con el método de composición, de organización, con el método sintético, como lo ha observado profundamente Mr. Leroux, y antes que él su ilustre maestro» (Saint Simon).

Un largo párrafo final sintetiza su pensamiento contra el sensacionismo y contra el eclecticismo, en favor la filosofía político-social de Leroux. «Nosotros no ignoramos lo que la ciencia debe a los dos grandes hombres que en los siglos XVI y XVII organizaron los métodos de observación y de inducción (se refiere a Bacon y Descartes); sabemos también de cuanto la filosofía es deudora a sus gloriosos sucesores Locke, Condillac, Cabanis y los actuales campeones del sensacionismo. No pretendemos porque sería mucho absurdo, que la filosofía actual excluya enteramente sus prodigiosas descubiertas, sus métodos, sus clasificaciones, sus resultados, sino que únicamente no de lugar a su absoluto y exclusivo predominio. Tampoco nos inclinamos al *eclecticismo* absurdo que de todos los sistemas conocidos ha pretendido hacer un sistema decisivo, sistema efímero que en el día de hoy está perfectamente desacreditado. Queremos nosotros una filosofía, que, aceptando las doctrinas indestructibles, los antecedentes fundamentales de los sistemas pasados, aspire a poner ella un elemento suyo, una condición nueva y adecuada a su misión peculiar, filosofía, en una palabra, penetrada de las necesidades sociales, morales e inteligentes de nuestro país, clara, democrática, progresiva, popular, americana, calorosa como nuestro genio, brillante como nuestro cielo, profética, inspirada, rica de esperanzas alentadoras, fértil de aspiraciones sublimes, como la de Condorcet, como la de Leroux, como la de la perfectibilidad indefinida, del progreso continuo del género humano, filosofía que haga salir a los jóvenes de entre sus brazos, incendiados de amor por la patria y la humanidad, generosos, guapos, fáciles al sacrificio, razonadores y no dis-

putadores, tolerantes, intrépidos para encararse sin insolencia a la más encumbrada autoridad, al hombre más imponente y exigirle los títulos de su soberanía».

En otro artículo «Al profesor de filosofía» (1) pone punto final a la disputa, sosteniendo que su adversario «es muy ignorante en la materia que pretende profesar», pues «ignora absolutamente el rol social y político de la filosofía: sus intimidades con la política, la legislación, la economía, el arte, y todos los elementos de la asociación: la separa de todo esto de que no puede separarse, y la estudia aislada, como la botánica. La filosofía, señor, considerada de este modo, es la impertinencia misma. La filosofía es para la política, para la moral, para la industria, para la historia, y si no es para todo ésto es una ciencia pueril y fastidiosa. Ya pasaron los tiempos de la filosofía en sí, como del arte en sí. Ninguna rama del saber humano tiene hoy su fin en sí, sino en perfección solidaria de todos, en el desarrollo de la gran *synthesis social*».

La dedicación de Alberdi a los estudios filosóficos, revelada en el «Prefacio» de su «Fragmento preliminar», confirmada en su autobiografía e ilustrada en esas polémicas reveladoras de excelente información, se continuó durante su estancia en Montevideo. Un escrito suyo, que nunca hemos visto citado, tiene un valor especialísimo desde nuestro punto de vista particular: «Ideas — para presidir a la confección del curso de filosofía contemporánea.—En el Colegio de Humanidades. — Montevideo, 1842.» (2).

La inspiración esencial de este programa corresponde a Jouffroy, que ya se había apartado del eclecticismo de Mr. Cousin para reflexionar por cuenta propia sobre la psicología escocesa de Reid y Stewart. Conviene advertir que Alberdi no lo escoge por creerlo más exacto que otros, sino porque está más a la moda después de 1830; acaso pueda agregarse a ello la circunstancia de ser disidente

---

(1).—Id., pág. 130 y sig.

(2).—En «Obras Póstumas», Vol. XV. pág. 693 y sig.

del eclecticismo—oficializado en Francia por la política de Felipe,—y por colaborar en «Le Globe», organo oficial del sansimonismo, y más tarde en la «Revue Encyclopédique», lindando así con el socialismo de Leroux.

Después de enumerar los problemas metafísicos y de advertir que no han sido resueltos en más de tres mil años, acepta que «la filosofía, como ha dicho el filósofo *más contemporáneo*, Mr. Jouffroy, está por nacer».

La idea cardinal de Alberdi consiste en buscar en la filosofía un instrumento útil para la educación y la cultura de las nuevas generaciones: idea política, antes que filosófica. No se interesa por la verdad de las doctrinas a enseñar, sino por la utilidad práctica que de ellas pueda conseguirse.

No se pregunta, como haría un filósofo, ¿cuál sistema ó doctrina es más verdadero?, sino ¿cuál es más conveniente para desarrollarlo en mi país y en esta época?, como haría un político. Su concepto de la filosofía, *latu sensu*, es la antítesis del estricto que preocupa á los filósofos. Alberdi busca simplemente una leyadura para amasar el futuro pensamiento americano. «La filosofía de cada época y de cada país ha sido por lo común la razón, el principio ó el sentimiento más dominante y más general que ha gobernado los actos de su vida y de su conducta. Y esa razón ha emanado de las necesidades más superiores de cada período y de cada país. Es así como ha existido una filosofía oriental, una filosofía griega, una filosofía romana, una filosofía alemana una filosofía inglesa, una filosofía francesa y como *es necesario que exista una filosofía americana.*»

Considera que en el siglo XIX hay filósofos, pero no hay una filosofía: llevado por sus aficiones, y por la moda, no vacila en nombrar a Leroux y Jouffroy a la par de Kant y Hegel.

En el fondo Alberdi cree inútil el tener opiniones propiamente filosóficas; recordando, sin duda, que los rivadavistas fueron unos teóricos fracasados, combate su ideologismo y evita incurrir en cualquiera otra teoría abstrac-

ta, «sin excluir el eclecticismo mismo, porque de lo contrario sería reconocer una filosofía». Entiende que «la regla de nuestro siglo es no hacerse matar por filosofía alguna: en filosofía, la tolerancia es la ley de nuestro tiempo».

Su preocupación pragmática no le abandona: «En el deber de ser incompletos, *a fin de ser útiles*, nosotros nos ocuparemos solo de la filosofía del siglo XIX; y de esta filosofía misma excluirémos todo aquello que sea menos contemporáneo y menos aplicable a las necesidades sociales de nuestros países, cuyos medios de satisfacción deben suministrarnos la materia de nuestra filosofía».

Esa filosofía del siglo XIX era posible conocerla á través de la francesa, en cuanto estaban reflejadas en ella la alemana y la escocesa. Cuatro escuelas o sistemas le parecen dignos de estudio: el sensacionismo (Enciclopedia e ideologismo), la escuela mística (Bossuet y Lamennais), el eclecticismo (Royer Collard y Cousin) y «la escuela que podríamos denominar de Julio, que ha sido representada por Leroux, Carnot, Lerminier, etc., será también estudiada en su propagador más eminente». Sabido es que en 1842 circulaba ya con profusión el libro de Leroux, «De l'Humanité».

El exámen de esas escuelas permitirá escoger el punto de partida ó la semilla de una filosofía americana. «Una revista rápida de estos sistemas nos pondrá en estado de determinar los grandes rasgos que deben caracterizar a la filosofía más adecuada a la América del Sud. Trataremos de señalar las grandes exigencias de la sociedad americana; nos ocuparemos del problema de los destinos de este continente en el drama general de la civilización, principiando por tocar el problema de los destinos humanos, que es la más alta fórmula de la filosofía, no siendo las demás ciencias humanas sino los términos sueltos de este problema».

Después de enumerar las ramas de la filosofía, vuelve a su tema: «Aplicaremos a la solución de las grandes cuestiones que interesan a la vida y destinos actuales de



los pueblos americanos, la filosofía que habremos declarado predilecta. Si en esta aplicación somos incompletos, como es de necesidad que seamos, nos habrá servido ella, a lo menos, para darnos la habitud de encaminar nuestros estudios hacia nuestras necesidades especiales y positivas.»

Llegado a este punto Alberdi entra a desenvolver su teoría política y nacionalista, en que parecen trasplantadas a la filosofía algunas ideas esenciales de Montesquieu y Savigny, que Alberdi conocía. Podríamos definirla como un: *sistema de orientaciones morales convenientes para la prosperidad de la nación.*

Esa orientación lo lleva «a un examen crítico de los publicistas y filósofos sociales europeos, tales como Bentham, Rousseau, Guizot, Constant, Montesquieu y otros muchos. Será la oportunidad de explicar y refutar a Donoso Cortés, (católico reaccionario), que por su elocuencia promete en sus ideas un ascendiente entre nosotros, siendo inaplicables en estos países de democracia, aunque adaptables a las exigencias monárquicas de la España» (caída en plena reacción). Las discusiones del curso no serán en el sentido de la filosofía en sí o especulativa, sino de la filosofía aplicada a los intereses sociales, políticos, religiosos y morales de estos países, pues la filosofía, va haciéndose estadista, positiva, financiera, histórica, industrial; en el curso «tocaremos de paso la metafísica del individuo para ocuparnos de la *metafísica del pueblo*. El pueblo será el grande ente, cuyas impresiones, cuyas leyes de vida y de movimiento, de pensamiento y progreso trataremos de estudiar» de acuerdo «con las necesidades más urgentes del progreso de estos países». Al enumerar esas necesidades que debe estudiar la filosofía, coloca los problemas económicos y financieros en primer término, junto a la política, la moral, la literatura, la religión, el derecho y la historia; entre otros aspectos, se propone desentrañar «la filosofía de nuestra industria y riqueza» y «en fin, de todas aquellas cosas que son nuestras, porque precisamente lo que forma el carácter y el interés de la enseñanza que ofrecemos es que ella se aplica a investi-

gar la razón de conducta y de progreso de estas cosas entre nosotros.»

Entendía Alberdi que la función de América era hacer y no fantasear; demasiado habían fantaseado ya los filósofos que habían perdido el contacto con la humanidad. «El rol de América en los trabajos actuales de la civilización del mundo, es del todo positivo y de aplicación. La abstracción pura, la metafísica en sí, no echará raíces en América. Y los Estados Unidos han hecho ver que no es verdad que sea indispensable la anterioridad de un desenvolvimiento filosófico, para conseguir un desenvolvimiento político y social. Ellos han hecho un orden social nuevo y no lo han debido a la metafísica. No hay pueblo menos metafísico en el mundo que los Estados Unidos y que mas materiales de especulación sugiera a los pueblos filosóficos con sus admirables adelantos prácticos».

Según ese modelo desearía formular los ideales de acción y de progreso que constituyen una filosofía propia de estos países del Plata. «Hemos nombrado la filosofía americana, y es preciso que hagamos ver que ella puede existir. Una filosofía completa es la que resuelve los problemas que interesan a la humanidad; una filosofía contemporánea es la que resuelve los problemas que interesan por el momento; será Americana la que resuelva el problema de los destinos americanos». La filosofía, una como la humanidad en sus elementos fundamentales, es varia en sus aplicaciones nacionales y temporales.

Acepta que la filosofía es igual en todas partes en cuanto á sus fines y sus métodos; pero asume caracteres especiales según el tiempo y lugar, por los problemas que importan especialmente á una nación, a los cuales presta la forma de sus soluciones: «Nuestra filosofía será, pues, una serie de soluciones dadas a los problemas que interesan a los destinos nacionales; o bien, la razón general de nuestra civilización; o bien, la explicación de las leyes por las cuales deba ejecutarse el desenvolvimiento de nuestra nación; las leyes por las cuales debemos llegar a nuestro fin, es decir a nuestra civilización. Civilizarnos,

mejorarnos, perfeccionarnos, según nuestras necesidades y nuestros medios: he aquí nuestros destinos nacionales que se resumen en esta fórmula: Progreso.....»

Según esto, Alberdi se propone enseñar a la juventud los principios fundamentales de América, que ya están planteados; no son otros que los propagados por la revolución, los de la democracia republicana. Pero la trilogía del 89, en este programa de Alberdi, aparece con su tercer término modificado según la fórmula de los sansimonianos: «libertad, igualdad, *asociación*.» Entiende que todos los hombres virtuosos y cultos deben dirigir sus esfuerzos en ese sentido; pero advierte que «no se puede llegar a esto sino por el medio indicado, es decir, averiguando donde está el país y donde vá; y examinando, para descubrirlo, donde va el mundo, y lo que puede el país en el destino de la humanidad.»

Con esas palabras concluye el programa de filosofía de Alberdi. Nunca, absolutamente, estuvo más clara en un hombre la conciencia de la nacionalidad futura; ese hombre, en ese momento histórico, frente a la restauración conservadora, encarnaba, él sólo, todas las aspiraciones que anunciaban el renacimiento de la argentinidad.

## VI

### TENDENCIAS ULTERIORES DE ESAS CORRIENTES SOCIOLÓGICAS

Fáciles de sintetizar son las influencias filosóficas que se anastomosan en el pensamiento inicial de Alberdi. Educado en el sensacionismo y la ideología, que prosperaban en tiempos de Rivadavia, se aparta de ellos por considerarlos teóricos e inútiles: cree inútil la filosofía de los filósofos. Ante el eclecticismo que le presenta Echeverría, no se impregna de él, pero lo acepta como un medio de combatir al ideologismo de la época rivadavista; y entre los eclécticos prefiere seguir a Jouffroy, que era un disidente de Cousin y tenía contactos políticos con el grupo sansimoniano.

Es sensible a la influencia de la escuela histórica del derecho, a través de Lerminier, que fluctuó también entre los ecléticos y los sansimonianos. Pero su más honda opinión, que decidió de toda su larga vida intelectual, fué creer que la filosofía debía ser un instrumento útil de orientación política y moral: a la filosofía de los filósofos oponía la de los reformadores sociales. Esta dirección la hubo de la escuela sansimoniana, cuyos cambios siguió a través de Pierre Leroux. Las influencias socialistas en la "Asociación de Mayo" son obra de Alberdi más que de Echeverría; mientras aquél prefería al estudio de problemas sociológicos, éste cultivaba el romanticismo literario; de 1835 a 1840, Echeverría era un apóstol político y Alberdi un reformador social.

Alberdi no tuvo ocasión ni tiempo de desenvolver su vasto programa de filosofía social americana. A mediados del 43 se fué a Europa, con Juan María Gutiérrez, para regresar a Chile en 1844. El viaje suprimió sus inseguras simpatías por el romanticismo, que en él eran simples complacencias con Echeverría y otros amigos. Volvió confirmado en lo que debía a los sansimonianos: el pensamiento de la política económica y de la perfección social.

En ese momento, cuando los proscritos en Chile se ocupaban de preparar la inminente restauración nacional, Alberdi entra a compartir con Sarmiento el primer puesto en la historia de la cultura argentina. Sobre el mismo yunque de la experiencia, alternativamente, descargaron el uno y el otro formidables golpes de mazo, forjando la nueva nacionalidad. Sarmiento debía presidirla en su caos, el 64; Alberdi triunfaría para siempre en su organización, el 80.

Con esos elementos, y la ya vasta y precisa observación personal del medio, compuso en Chile las *Bases*, obra que en lo político sintetizaba el pensamiento argentino de los proscritos, y en lo económico propiciaba el criterio de gobierno que solo se impuso después del 80: fomentar la producción nacional.

En la política económica veía Alberdi el porvenir y la grandeza del país, y el remedio contra la política anárquica y personal. Era en el fondo un benthamista, afiliado en economía política a la escuela liberal de Bastiat y Say, que no se avenían mal con sus inclinaciones sansimonianas.

Lo más importante de Alberdi—desde las *Bases* hasta sus *Obras Póstumas*—es la explicación económica de la historia argentina. Por este aspecto completa a Sarmiento, que estudió la influencia del medio y la raza. Los dos, juntos, contienen todos los elementos para una interpretación de la evolución sociológica argentina. Antes de 1870 conocía y citaba las doctrinas de Comte, Spencer, (Vol. VII), Darwin (Vol. I). En 1878 comentaba a Taine y Fustel de Coulanges (Vol. XI).

Alberdi, como economista y sociólogo, es realmente grande después de las *Bases*.

Su mayor preocupación fueron los estudios económicos y en ellos puso un sello de constante argentinidad; precursor, en cierto modo, del “economismo histórico”, fué en realidad un sociólogo militante, un verdadero pragmatista; en sus escritos aparece por vez primera en las letras argentinas la palabra “sociología”, y comprendió en todo su magnitud la significación de esta ciencia frente a la historia y la política. En una abundante serie de obras, que todo argentino culto debe conocer y amar, Alberdi escrudiñó con verdadera genialidad los orígenes y los cimientos económicos de la nacionalidad. En este sentido sus escritos son originalmente creadores, fruto exclusivo de su admirable aptitud para la observación del ambiente que estudiaba. No fué igualado hasta nuestros días y muchas de sus producciones conservan el mismo interés que en la época de su publicación. Ha hecho escuela.

Sus mejores escritos de esta última etapa están reunidos en las *Obras Póstumas*, mezclados por el editor con violentas diatribas contra la política triunfante hasta el 80; a pesar de su apasionada falta de ecuanimidad, cons-

tituyen una elocuente historia argentina contada por los vencidos. El 80 triunfaron definitivamente la política y las ideas cardinales defendidas por Alberdi: federalización de Buenos Aires, libre navegación de los ríos, fomento de la producción nacional, atracción inmigratoria europea, pacifismo internacional. Todo lo que Alberdi previó se ha cumplido; la posteridad le ha rendido el homenaje de admiración que tanto mereció su vida batalladora.

No en vano en sus horas de angustioso destierro, mientras asistía al triunfo de sus adversarios, escribió estas palabras proféticas que ponían las glorias del pensamiento y de la ciencia más altas que los éxitos de la política y del sable:

«Los pueblos son los árbitros de la gloria; ellos la dispensan, no los reyes. La gloria no se hace por decretos; la gloria oficial es ridícula. La gloria popular, es la gloria por esencia. Luego los pueblos, con solo el manejo de este talismán, tienen en su mano el gobierno de sus propios destinos».

«Los nobles héroes de la ciencia, en lugar de los bárbaros héroes del sable. Los que extienden, ayudan, realizan, dignifican la vida; no los que la suprimen so pretexto de servirla. Los que cubren de alegría, de abundancia, de felicidad a las naciones; no los que las incendian, destruyen, empobrecen, onlutan y sepultan» (1).

La posteridad ha correspondido generosamente a su confianza: el pueblo argentino le ha decretado una segura inmortalidad.

*José Ingenieros.*

---

(1) «El crimen de la guerra» Vol. II de las Obras póstumas, pág. 115.